

vuecelencia lo que ejecuta, y habrá sido más hazñoso que bien fortunado en ser lector de advertimientos que le son alabanza y no amenaza. Deseo á vuecelencia vida y salud, para que su majestad tenga descanso, y felicidad sus reinos. Preso en mi villa de Juan Abad á 5 de abril, 1621.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

CAPITULO I.

NO SÓLO HA DE DAR Á ENTENDER EL REY QUE SABE LO QUE DA, MAS TAMBIEN LO QUE LE TOMAN; Y QUE SEPAN LOS QUE ESTÁN Á SU LADO QUE SIENTE AUN LO QUE ELLOS NO VEN, Y QUE SU SOMBRA Y SU VESTIDO VELA. — ESTE SENTIDO EN EL REY ES EL MEJOR CONSEJERO DE HACIENDA, Y EL PRIMERO QUE PRESIDE Á TODOS. (*Matth. 9, Marc. 5, Luc. 8.*)

« Decia entre sí : Con sólo tocar su vestido seré salva ; y sintió en el cuerpo que habia sanado de la plaga ; y Jesus conociendo en sí mismo la virtud que habia salido de sí, vuelto á la multitud, dijo : ¿ Quien tocó á mí y á mis vestidos ? Y negándole todos, Pedro y los que con él estaban dijeron : Maestro, las olas de la multitud te bruman y afligen, y tú dices : ¿ Quién me tocó ? Y dijo Jesus : Alguno me tocó, porque yo conocí que salia de mi virtud. »

El buen rey, Señor, ha de cuidar no sólo de su reino y de su familia, mas de su vestido y de su sombra ; y no ha de contentarse con tener este cuidado : ha de hacer que los que le sirven, y están á su lado, y sus enemigos, vean que le tiene. Semejante atencion reprime atrevimientos que ocasiona el divertimento del principe en las personas que le asisten, y acobarda las insidias de los enemigos que desvelados le espian. El ocio y la inclinacion no ha de dar parte á otro en sus cuidados ; porque el logro de los ambiciosos, y su peligro y desprecio, está disimulado en lo que deja de lo que toca. Quien divierte al rey, le depone, no le sirve. Á esta causa los que por tal camino pueden con los reyes, se van fulminando el proceso con sus méri-

tos ; su buena dicha es su acusacion, y hallan testigos contra sí los medios que eligieron, y se ven con tanta culpa como autoridad ; y al que puede, en lo que habia de respetar y obedecer de léjos, nadie le aconseja por bueno sino aquello que despues le sea fácil acusárselo por malo : y en la adversidad la calumnia, que es de bajo linaje y siempre ruines sus pensamientos, califica por fiscales los cómplices y los partícipes. Así lo enseñan siempre á todos, no escarmentando alguno, las historias y los sucesos. Es el caso de este evangelio tal, que rey ó monarca que no abriere los ojos en él, y no despertare, da señas de difunto, que tiene la reputacion en poder de la muerte.

Tocó la pobre mujer la vestidura de Cristo. El llegar á los reyes y á su ropa basta á hacer dichosos y bienaventurados. Volvió Cristo yendo en medio de gran concurso de gentes que le llevaban en peso, y con novedad dijo : ¿ Quién me tocó ? Dice el texto que los que le brumaban dijeron que ellos no eran. Esta respuesta siempre la oigo ; y aquellos que aprietan á los reyes y los ponen en aprieto, dicen que no tocan á ellos. San Pedro, que no sufría desenvolturas, los desmintió, y respondió á Cristo : Maestro, ¿ estánte apretando tantos hombres, que no hay alguno que no te toque y te moleste, y preguntas quién me tocó ? Desmintió el buen ministro á aquellos que le seguian con ruido y alboroto, y decian que no le tocaban. Alguno me tocó, dijo Cristo, que yo he sentido salir virtud de mí. ¡ Oh buen Rey, que sientes que te toquen en el pelo de la ropa (como dicen) ! Y así fué. Ha de ser sensitiva la majestad aun en los vestidos. Nadie le ha de tocar, que no lo sienta, que no sepa que le toca, que no dé á entender que lo sabe. No ha de ser lícito tomar nadie del rey cosa que él no lo sepa ni lo sienta. ¿ Qué será que haya quien tome de él para echar á mal, sin que lo eche de ver el rey, y lo diga ? Quiere Cristo que sane la mujer, y que le toque ; sintió que habia salido virtud de él ; sabía quién era la que le habia tocado, y lo preguntó para desarrebozar la hipocresía de los que, apretándole más, dijeron que no le tocaban ; para que san Pedro y los que con él estaban (que habian de suceder en este cuidado á Cristo, cada uno en su provincia, y Pedro en toda la Iglesia), abriesen los ojos, y conociesen cuánto cuidado es menester

tener con los que acompañan, aprietan y tocan á los reyes; y que los monarcas de todo han de hacer caso, y con todo han de tener cuenta.

Llegue la necesidad recatada, y á hurto y muda, y remédiese; mas sepa el necesitado que lo sabe el príncipe, y que atiende á todo su poder, de suerte que sabe el que tiene, y el que da, y el que le toman. Distribuya vuestra majestad y dé á los beneméritos, que son acreedores de toda su grandeza, y tal vez negocie el oprimido por debajo de la cuerda: remédiese con tocar á la sombra de vuestra majestad, que no es más algun favorecido; mas sepa el uno y el otro, que vuestra majestad sabe la virtud que salió de su grandeza: entónces será milagro; si no, pasará por hurto calificado. Si los privados supiesen aprender á ministros del ruedo de la vestidura de Cristo, ¡cuán bien aseguraran la buena dicha! El ruedo sirve al señor, es lo postrero de la vestidura, anda á los piés, y sirve arrastrando: condiciones de la humildad y reconocimiento, que solamente son seguro de la prosperidad. Medre quien tocara al privado; mas de tal manera que lo sienta el rey en sí, y lo diga, sin que en él se quede alguna cosa. Y es tan peligroso en el seso humano ser instrumento de mercedes, que á lo que disponen dan á entender que lo hacen; y de criados, á los primeros atrevimientos, pasan á señores; y poco más adelante á despreciar al dueño. Y como Cristo mortificó aqui la presuncion de la fimbria de su vestido, diciendo: « Yo sentí salir virtud de mí », así lo deben hacer los reyes en todo lo que dispusieren, por su crédito y el de las propias mercedes y puestos y personas que los alcanzan, y es tener misericordia de sus ministros desembarazarlos de este riesgo tan halagüeno y de tan buen sabor á los desórdenes del apetito y ambicion de los hombres; pues quien permite este entretenimiento á su criado, artifice es de su ruina.

CAPÍTULO II.

LA PRESENCIA DEL REY ES LA MEJOR PARTE DE LO QUE MANDA.

En los peligros el rey que mira manda con los ojos. Los ojos del príncipe es la más poderosa arma; y en los vasallos asistidos de su señor es diferente el ardimiento. Descuidase el valor con las órdenes, y discúlpase el descuido. San Pedro lo mostró en el prendimiento y en la negacion; y Cristo en la borrasca donde enseñó durmiendo.

« Pero teniendo Simon Pedro espada, puso mano, é hirió al criado del pontífice y cortóle la oreja derecha. »

A ojos de su rey y maestro, Pedro fué tan valiente que sacó la espada para toda una cohorte armada, y de noche, y en la campaña, y hirió á un criado del pontífice: accion, si justa, bizarra y casi temeraria. Pero dos renglones más abajo padecieron notable mutacion sus alientos y osadía; y se lee con el mismo nombre otro corazon: « Y dijole á Pedro una mozueta que estaba á la puerta: Tú eres uno de los discípulos de este hombre. Respondió; No soy; y negó tres veces. » Desquitóse la cohorte; vengado se ha el criado del pontífice por mano de la criada. Él quitó una oreja, y á él le han quitado las dos, de suerte que apenas oye la voz de Cristo que le dijo este suceso. ¿Brios contra una cohorte, valor para herir uno entre tantos, y luego acobardarse de manera que una muchacha le quite la espada con una pregunta, y le desarme y haga sacar piés? Á fe que hizo tantas bravatas á Cristo: « Si conviniera morir contigo, no te negaré! » Débese considerar que, aunque era Pedro el propio que hazañoso y con arrojamiento temerario embistió por su rey todo aquel escuadron, aqui le faltó lo principal que fueron los ojos de Cristo: espada tenia, pero sin filos; corazon tenia, pero no le miraba su maestro.

Rey que pelea y trabaja delante de los suyos, obligalos á ser valientes: el que los ve pelear, los multiplica, y de uno hace dos. Quien los manda pelear y no los ve, ese los disculpa de lo que dejaren de hacer; fia toda su honra á la fortuna: no se

puede quejar sino de sí solo. Diferentes ejércitos son los que pagan los príncipes, que los que acompañan. Los unos traen grandes gastos, los otros grandes victorias. Los unos sustentan el enemigo, los otros el rey perezoso y entretenido en el ocio de la vanidad acomodada. Una cosa es en los soldados obedecer órdenes, otra seguir el ejemplo. Los unos tienen por paga el sueldo, los otros la gloria. No puede un rey militar en todas partes personalmente; mas puede y debe enviar generales que manden con las obras, y no con la pluma. ¿Quién presumirá de más esforzado que san Pedro, que en presencia de Cristo se portó tan como valiente, y en volviendo el rostro fué menester, para el acometimiento de una mujercilla, que el gallo le acordase de la espada, del huerto y de la promesa?

« Y navegando con ellos, se durmió. Levantóse una tormenta de viento en el mar : atemorizáronse y peligraban. Mas llegándose á él, le despertaron diciéndole : Maestro, perecemos; pero él levantándose, mandó al viento y marea abonanzar, y quedó el mar en leche. Dijoles á ellos : ¿Dónde está vuestra fe? » (*Luc. cap. 8.*)

Aprieta más este suceso la dificultad. No basta que el rey esté presente, si duerme. Ojos cerrados no hacen efecto. Duerme Cristo, y piérdense de ánimo todos. Bien sabía la borrasca y lo que había de suceder; y cerró los ojos para enseñar á los reyes que la fe de los suyos, como se dice, pueden perderla en un cerrar y abrir de ojos. Niñería es; pero suena al propósito. El rey es menester que asista á todo y que abra los ojos, porque los suyos no pierdan la fe. Mire vuestra majestad cuán descaecidos estaban los apóstoles porque durmió un poco Cristo, sabiendo que él dice de sí : « Yo duermo, etc. » La vista de los príncipes influye coraje; y el miedo, que sólo precia la salud y pone en la honra la seguridad, suele reprenderse con el respeto. No le queda que hacer al rey que asiste y mira, ni que esperar al que hace lo contrario. Si en la república de Cristo, Dios y hombre, en cerrando los ojos estuvieron para dar al traves sus allegados, ¿qué se ha de temer en los reyes que se duermen con los ojos abiertos?

CAPÍTULO III.

CRISTO NO REMITIÓ MEMORIALES, Y UNO QUE REMITIÓ Á SUS DISCÍPULOS LE DESCAMINARON (*Matth. 14, Joann. 6, Marc. 6, Luc. 9.*)

« Y saliendo, vió Jesus una gran multitud, y apiadóse de ellos porque estaban como ovejas que no tenían pastor : recibíolos, y hablábalos del reino de Dios, y empezó á enseñarlos muchas cosas. »

Doctrina de Cristo es : « Buscad primero el reino de Dios, y lo demás se os dará. » Por eso, viéndolos primero los habla del reino de Dios, y los enseña; luego trata de alimentarlos y darles de comer.

CONSULTA DE LOS APÓSTOLES.

« Siendo ya tarde, llegóse á él sus discípulos, diciendo : El lugar es desierto, y la hora ha pasado; despide esta muchedumbre de gente, para que, yéndose á los castillos y villas que están cerca en este contorno, se desparramen para buscar mantenimientos, y comprar comida con que se sustenten, que aquí estamos en lugar desierto. »

DECRETA CRISTO EN CUANTO Á DESPEDIRLOS, Y REMÍTELES EL SOCORRO Á ELLOS.

« No tienen necesidad de irse, dadles vosotros de comer. Y como Jesus levantase los ojos, y viese que era grandísimo el número de gentes, dijo á Filipo : ¿Dónde compraremos panes para que coman estos? — Esto decía tentándole, porque él bien sabía lo que había de hacer. »

¡Qué ponderadas palabras, y qué remision tan advertida! Responde el Apóstol : Doscientos ducados de pan no bastan para que cada uno tome una migaja.

REPLICA CRISTO.

« ¿Cuántos panes tenéis? Id y mirarlo. »

RESPONDE SAN ANDRES.

« Dijo uno de sus discípulos, Andres, hermano de Simon Pedro : Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces ; pero esto ¿ de qué sirve entre tantos ? »

ÚLTIMO DECRETO DE CRISTO.

« Dijo Jesus : Haced que se sienten á comer. » Repetidamente dificultaron este socorro los apóstoles. Y Cristo, en lugar de responderles, remitiéndoles el modo, decreta en favor de la necesidad para enseñanza. ¡ Bueno es que los apóstoles recelen que ha de faltar sustento á los que siguen á Cristo ! ¡ Qué cosa tan ajena de su condicion, pues en la postrer cena se dió por manjar y por bebida á los que le dejaron, al que le negó y al que le vendió ! ¡ Y temian los apóstoles que aquí faltase para los que le vinieron siguiendo hasta el desierto ! Principe hubiera que estimara por bien prevenida la consulta de los apóstoles que dijo : Da licencia á las gentes que se vayan á buscar de comer, pues aquí no lo hay por ser desierto. — Cristo no la tiene por consulta, sino por cortedad humana y civilidad indigna de ministros de su casa ; y así respondió : No hay para qué se vayan : dadles de comer vosotros. Responde-los y castigalos.

Señor : dice el ministro á vuestra majestad, en la consulta, que despida al soldado y al que ha envejecido sirviendo, que ya no son menester ; que no se pague á los que con su sangre son acreedores de vuestra majestad por su sustento ; que no les dé el sueldo, ni el oficio, ni cargo ; que los envíe, que los despida ; que para estos es desierto palacio, donde no hay nada. Tome vuestra majestad de los labios de Cristo la respuesta, y decrete : Dadle vos de comer de lo mucho que os sobra ; para vos hay matenimientos, y no es desierto en ninguna parte. Para vos hay oficios y honras, y para los otros malas respuestas ; y solamente sea pena y castigo que les déis vos, mal ministro, lo que les falta, y no queráis que les dé yo. Conocer la necesidad, y no remediarla pudiendo, es curiosidad, no misericordia.

Habia Cristo enseñado cómo habian de orar á Dios, y dicho muchas veces : Pedid, y daros han. Y en la oracion que compuso parar orar con su Padre, dijo que le pidiesen el pan de cada dia ; y hoy que llegó la ocasion, se les olvidó á los apóstoles esta cláusula tan importante.

Bien se conocè que para enseñarlos á consultar necesidades ajenas hizo todas estas preguntas y remisiones. El Evangelista dice : Esto hacia tentándole. Señor, es muy necesario que los reyes tientes y prueben la integridad, el valor y la justificacion de sus ministros, para enseñarlos, y conocer lo que pueden disimular. Cuanto más Cristo facilita el negocio, con mayor teson le imposibilitan los apóstoles. Mala acogida hallan necesidades ajenas en otro pecho que el de Cristo : cosa que debe tener cuidadosos y desvelados á los reyes. Oiga vuestra majestad, y lea cautelosamente lo que le propusieren, en favor de los que le sirven, los que le parlan. Así diferencio yo al que con las armas, con las letras, ó con la hacienda y la persona sirve á vuestra majestad, de los que tienen por oficio el hablar de estos desde su aposento, y que ponen la judicatura de sus servicios y trabajos en el albedrio de su pluma. ¡ Gran cosa, Señor, que valga más sin comparacion hablar de los valientes, y escribir de los virtuosos, y á veces perseguirlos, que ser virtuosos, ni valientes, ni doctos ! Que sea mérito nombrarlos, y que no lo sea hacerse nombrar ! Enfermedad es que, si no se remedia, será mortal en la mejor parte de la vida de la república, que es en la honra, donde está la estimacion. Al buen rey la porfia de consulta sin piedad en necesidades grandes de sus vasallos, criados ó beneméritos, en lugar de enflaquecerle, ó mudarle de propósito, ó envilecerle el corazon, le ha de obligar á hacer milagros como hizo Cristo este dia.

Y viendo Cristo que en esta parte tenian necesidad de doctrina, como gente que habia de gobernar y á cuyo cargo quedaba todo, ántes de ser preso, yendo á Jerusalem los admiró con la higuera, á quien fuera de tiempo pidió higos, y porque no se los dió, la maldijo y se secó. Quiso enseñar y enseñóles que á nadie en ningun tiempo ha de llegar la necesidad y el necesitado, que no halle socorro. Y por eso cuando otro dia, admirándose los apóstoles de verla seca, se compadecieron de ella, diciendo que por qué habia secádose, les dijo aquellas pa-

labras tan esforzadas de la fe : Si mandáis al monte que se levante con su peso, y se mude á otra parte, obedecerá á vuestra fe. Y esto dijo acordándoles que si tuvieran fe no dudaran que en el desierto se hallara que comer, ni en que cinco panes era poca provision para tantos. Señor, atienda vuestra majestad á esta consideracion : si Dios quiere que hasta las higuerras hagan milagros con los necesitados y hambrientos, y porque no los hacen las maldice y se secan para siempre, ¿qué querrá que hagan los hombres, y entre ellos los reyes? ¿Y qué hará con los que no lo hicieron? Temerosas conjeturas deo que hagan los príncipes en este punto.

Grande fué el recelo de los discípulos, y fué medrosa caridad la suya, pues porque estaban en el desierto desconfiaban de matenimientos, pudiendo en el desierto hacer provision y vituallas de las piedras, de que Satanas hizo tentacion. Acordósele al demonio, aunque con otro fin, en el desierto, que de las piedras se podia hacer pan : pensó lisonjear el largo ayuno de Cristo con la propuesta desvariada, y olvidáronse de esta diligencia los apóstoles. Á los buenos consejeros se les ha de ensanchar el ánimo con la mayor necesidad, y atender á remediarla, y no á dificultarla, y entender que el remedio es su oficio. Cristo en el desierto hará de las piedras pan, si le ruegan, no si le tientan. Excusa el milagro para su ayuno de cuarenta dias; y hácele por las gentes que le siguen, aumentando el poco pan en grande suma.

Otra vez, viendo que los samaritanos no querian hospedar á Cristo, y que respondian con despego, hicieron tal consulta : « Señor, ¿quieres que mandemos al fuego que baje del cielo y consuma á estos? Y vuelto á ellos respondió con reprension : No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no viene á perder las almas, sino á salvarlas. »

¡Gran decreto, ajustado á consulta celosa, pero inadvertida, y no sin ostentacion! Mandar al fuego que baje del cielo, escondida tiene alguna presuncion de las sillas que despues pidieron estos dos apóstoles; pues habiendo poco que habian visto en ellas á Moisen y á Elias, quieren, ya que las sillas están ocupadas, hacer las maravillas que hicieron los que las tienen.

Con notable sequedad y aspereza responde Cristo á sus validos y deudos. Así se ha de hacer, Señor. ¿Y quién negará que

así se ha de hacer, si Cristo lo hace así? En esta ocasion les dice que no saben de qué espíritu son ; y en la que piden las sillas, que no saben lo que piden; y ni les concede las sillas, ni el milagro de los que están en ellas. No sólo se ha de reprender, pero no se ha de dar al que pide con vanidad y codicia; y siempre han de ser á vuestra majestad sospechosas las consultas de la comodidad propia y de la necesidad ajena.

En este milagro de los panes y los peces mostró Cristo nuestro señor la diferencia que hay de su majestad á los demas reyes del mundo, y de los que le siguen, á los cortesanos y secuaces de los príncipes del mundo.

Cristo, verdadero Rey, á los que le siguen, con poco los harta; y aunque sean muchos, sobra. Los reyes de acá á uno solo con todo cuanto tienen no le pueden hartar. De todos sus reinos no sobra para otros nada, repartidos entre pocos, siendo ellos muchos; mas tales son los que siguen á Dios, tales sus dádivas, tal su mano que las reparte, que como da con justicia, y á los que le siguen, — satisface á todos. Los bienes y mercedes de los reyes son de otra suerte; que si bien lo mira vuestra majestad, por sí hallará que se agradecen las mercedes con hambre de otras mayores; y que á quien más da, desobliga más; y que sus dádivas, en lugar de llenar la codicia de los ambiciosos, la abundan y ensanchan. Y no ha de ser as para imitar á Cristo, ni se han de hacer mercedes sino á aquellos que con poco se hartan, y que de cinco panes y dos peces dejan sobras, siendo muchos, para otros tantos. Estos, Señor, son dignos de milagro, de consulta y decreto favorecido de bendicion del Señor, y de colmados favores de su omnipotencia.

CAPÍTULO IV.

¿UÁLES HAN DE SER SUS ALLEGADOS Y MINISTROS. (Luc. 14.)

Ibant autem turbae multae cum eo, et conversus dixit ad illos : Si quis venit ad me, et non odit patrem suum, et matrem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. « Iban con él muchas gentes, y volviéndose á ellos, les dijo : Si alguno

viene á mí, y no aborrece á su padre y á su madre, á su mujer y á sus hijos, y á sus hermanos y á sus hermanas, y á su alma propia, no puede ser mi discípulo. »

No les dejó disculpa á los que habian de asistir, ni les permitió por excusa la ignorancia. Claramente les dijo como habian de ser sus ministros, y aquellos que le habian de acompañar y asistir. ¡Qué desabridas condiciones son para la familia, y para la ambicion y vanidad del parentesco! De otra manera funda Dios lo permanente de sus validos, que la negociacion y codicia del mundo.

¿Cuál tiene, Señor, ni ha tenido puesto al lado de algun monarca, que lo primero y más importante no juzgue el cercar el príncipe de su familia, introducir sus padres, no sacar las mercedes de sus hermanos, preferir su mujer y sus hijos? Cosa es con que la maña y la codicia y el desvanecimiento acreditan con la naturaleza; y acusados se valen del precepto de honrar padre y madre. ¿Qué haces, soberbio? ¿No adviertes que de quebrar un mandamiento á torcerle va poco? Quien te mandó eso, aconseja estotro. Mira si quieres venir á Dios, porque si quieres, has de aborrecer á tu madre y padre, á tu mujer, á tus hijos, á tus hermanos y á tus hermanas, y tu vida y tu alma, dando primero lugar á la ley evangélica. Así san Pablo: « Ni hago á mi alma más preciosa que á mí. » Por san Mateo: « No vine á enviar paz, sino espada: vine á apartar al hombre contra su padre, y la hija contra su madre.

Bien se entiende que quien dijo: *Pacem meam do vobis, pacem meam relinquo vobis*, que no vino á introducir la disension. Esto, declaran todos, se dijo por preferir la dignidad del Evangelio y la doctrina de Cristo á los padres. Así san Jerónimo: *Per calcatum perge patrem*. Eso es cumplir con el precepto. Es doctrina tan larga y de tal verdad la de este capítulo, que no puede ser discípulo de Cristo quien no dejare padres, hijos y hermanos, no siendo rey (cuyo nombre ya queda dicho que es discípulo de Dios); ni puede acertar quien no los dejare, ni puede ser buen ministro. ¿Descamina otra cosa la templanza de los ánimos en la grandeza y privanza, que la ansia de llenar, con lo que se debe á otros méritos, la codicia de los suyos? ¿Á qué no se atreve un poderoso por preferir sus padres, por adelantar sus hijos, por acallar á su mu-

jer, por engrandecer sus hermanos, por desvanecer sus hermanas? ¿Cuál felicidad no adolesció de las desórdenes de la parentela? Si hubierá un poderoso sin linaje, ese fuera durable; mas cuando la naturaleza se haya negado, se le crece y se le finge la lisonja: todos tienen deudo con el que puede. Grande precepto aborrecerlos á todos, digo, su desórden. Anteponer á la sangre más propia y más viva el bien comun, lo justo y licito, olvidar la descendencia y la afinidad, es curar con dieta la persecucion casera y el peligro pariente. Así quiere Cristo que lo hagan los que vinieren á él, y es señal que hacen lo contrario los que van al príncipe de las tinieblas de este mundo.

Señor, quien viniere á vuestra majestad, si no amare su real servicio y el bien de sus vasallos y la conservacion de la fe y de la religion más que á sus padres, mujer y hijos, hermanos y hermanas, no sea discípulo, no acompañe, no asista. Quiera vuestra majestad estas cosas que le están encargadas, más que á él, y sea rey y réino, pastor y padre; y haga que la verdad enamorada de su clemencia descanse los labios del nombre de señor. Oiga ternezas de hijos, no miedos de esclavos. Ni buen rey debe permitir que sus estados se gasten en hartar parentelas. Sean ministros los que hiciere huérfanos la justificacion, y viudos la piedad, y solos la virtud, aunque la naturaleza lo dificulte; que estos llama Cristo nuestro señor, estos busca, estos admite solos; y si en el reino espiritual se temen padres y mujer ó hermanos, en el temporal, donde es tan poderosa la asistencia, la importunacion y la vanidad, ¿cuánto será justo temerlo y evitarlo?

Señor, nazca de su virtud el ministro; conozca que le engendró el mérito, no el padre; tenga por hermanos los que más merecieren, por hijos los pobres: que entónces por los padres que deja, viene á merecer que le tengan por tal todos los que son cuidado de Dios nuestro señor, que se lo encarga; seránle alabanza los súbditos, y premio sus desvelos, y podrá ir á vuestra majestad que, en tan nueva vida y en tan florecientes años, trabaja como padre y no como dueño, y atiende á que los que le asisten se desembaracen de lo que el Evangelio prohíbe con distincion tan infalible y tan grande.

CAPÍTULO V.

BUEN MINISTRO. (*Matth. 17, Marc. 9, Luc. 9.*)

Petrus autem, et qui cum illo erant, gravati erant somno, et evigilantes viderunt majestatem ejus, et duos viros qui stabant cum illo: et factum est cum discederent ab illo, ait Petrus ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse. Si vis, faciamus hic tria tabernacula: tibi unum, Moysi unum, Eliae unum; non enim sciebat quid diceret.

« Estaban rendidos al sueño Pedro y los que con él estaban, y despertando vieron la Majestad suya y dos varones que estaban con él; y sucedió en apartándose que dijo Pedro á Jesus: Señor, bueno es que nos estemos aquí. Si quieres hagamos tres alojamientos: para tí uno, para Moisen otro, para Elias otro. No sabía lo que decia. »

El mal ministro dijera: Para mí uno, y otro para mí, y para mí el otro, y todo para mí; porque Satanás ha dicho que sus ministros todo lo quieren para sí, y que él todo lo promete á uno. Siempre he buscado con mucha curiosidad y diligencia, en qué estuvo el desacierto de san Pedro en esta ocasion, cuando partió tan como buen ministro, que repartia la comodidad en los otros, sin acordarse de sí para los tabernáculos y mansiones.

Señor, yo afirmara que nunca privado pidió tan cortesmente, ni propuso con tan grande acierto, pues pide y quiere para los muertos los mejores lugares, y para los antiguos criados de casa, como Moisen y Elias, las comodidades, honras y descanso. Ajustada proposicion parecerá á todos; y es tan apocado el seso humano, tan limitado el discurso de los hombres, y fia tanto de las apariencias, que cuando está admirando en este ministro esta consulta, de que se debian agradar todos los príncipes por celosa y dictada de la caridad y del celo, dice el Evangelista, sin regalar en manera alguna el lenguaje, sino crudamente: « No sabia lo que se decia. » Al criado que todo lo quiere para sí, y no se acuerda de los muertos sino para desenterrarlos de sus sepulturas, ni de los criados antiguos y beneméritos de la casa, sino para ponerles objeciones, ¿ qué le

dirá el Evangelista? Rey que todo lo da á uno, parece que tiene de Dios, para errar, más poder que el diablo, pues á Satanás sólo le fué concedido prometerlo, y á él le permiten, para más condenacion, el darlo. Señor, ya lo he dicho: quien todo lo pide, tiente y no ruega (repetir estas cosas más es celo que prolijidad); demonio es; quiere el que se lo da todo, sea peor que él, pues á él solo le es dado ofrecerlo.

Cuidadosamente he examinado la inadvertencia de esta propuesta, tan severamente reprendida en san Pedro, príncipe que habia de ser de la Iglesia; y habiéndolo considerado muchas veces, hallo que al parecer fué consulta cautelosa y en parte lisonjera, pues pidió para los allegados, y que los vió al lado en la gloria, y en el mejor lugar. Señor, pedir para los que pueden, designio tiene, intencion esconde; puede disimular vanidad; secreto va el interes propio disfrazado en la diligencia por el amigo. Dar al poderoso es comprar; pedir para el que priva es negociar, no es ruego.

Débase ponderar con admiracion que ni quiere Cristo que pidan las sillas, ni que traten de los que están á su lado. Á los que las pidieron para sí, dijo: « No sabéis lo que pedís; » y al que las pidió para los que estaban con él, que « no sabia lo que se decia. » No son cosas estas en que ha de hablar nadie: no tiene entrada el discurso en estas materias.

En el Tabor, trasfigurado Cristo, se representaron la desnudez y miseria de los hombres, que habian menester á Cristo en cruz y muerto; y por otra parte Elias y Moysen, que le acompañaban glorioso. Pedro se olvida en la consulta de los pobres y necesitados, y lisonjea los presentes. No quiere que vaya á morir, ni que baje á Jerusalem. Y tambien hallo que escondió su interes en la palabra « bueno es que nos quedemos aquí ». Tambien regateaba el acompañamiento; y así Cristo, por interesada en la comodidad propia y desapiadada de los necesitados, reprende la consulta donde se pide para los ricos y favorecidos, y se olvidan los pobres y menesterosos. Señor, san Pedro pidió entre sueños: mostrómás comodidad que celo; y en las palabras habló con lenguaje ajeno de los oídos de Dios.

Así que, no es buen ministro el que mira por la seguridad del príncipe y por su descanso y el de sus allegados: sólo ese, si olvida los pobres, en nada sabe lo que se dice. Sólo es buen

ministro quien derechamente mira á los necesitados. Quien da al poderoso compra, y no da; mercader es, no dadivoso: logro es el suyo, no servicio; más pide dando que pidiendo, porque pide obligando á que le dén. Quien pide para el que manda, toma para sí: cáutela es, no caridad; no sabe lo que dice; y el mejor remedio es saber lo que con él se ha de hacer. Y copie vuestra majestad esta respuesta del Evangelista, que vendrá siempre á propósito en muchos sucesos; y de los ministros que con afectacion se le mostraren muy celosos de su reposo y descanso, tenga más sospecha que satisfaccion; y esté vuestra majestad acautelado contra este género de amor que peca en trampa contra la autoridad; pues tanto es mayor el interes del que puede, cuanto más le deja el rey que haga de lo que á él solo toca: haláganle con el sosiego, y desautorizale y desacreditale con el divertimiento del cargo real. San Pedro queria que Cristo, su Señor y Maestro, se estuviese trasfigurado y en gloria, y entre Elías y Moisen; y no supo lo que se dijo, porque al oficio de Cristo, y al ministerio á que vino, convenia, no el Tabor, sino el Calvario; no gloria, sino pena; no los lados de Elías y Moisen, sino de dos ladrones. En esto si habrá quien quiera imitar á Cristo; ni faltarán ladrones que le cojan en medio. Mas es de advertir que Cristo, nuestro Redentor y Maestro, vivió entre apóstoles y murió entre ladrones.

CAPÍTULO VI.

Á QUIÉN HAN DE AYUDAR, Y PARA QUIÉN NACIERON LOS REYES.
(*Joann., cap. 5.*)

Erat autem quidam homo ibi, triginta et octo annos habens in infirmitate sua. Hunc cum vidisset Jesus jacentem, et cognovisset quia jam multum tempus haberet, dicit ei: Vis sanus fieri? Respondit ei languidus: Domine, hominem non habeo... Dicit ei Jesus: Surge, tolle gravatum tuum, et ambula. « Estaba allí cierto hombre que en su enfermedad habia estado treinta y ocho años; y como le viese Jesus caido y solo, y conociese que habia mucho tiempo que estaba así, le dijo: ¿Quieres sanar? Respondióle el enfermo descaecido: No tengo hombre para que

cuando se mueve el agua me lleve á la piscina; y así mientras yo llego, otro baja. Díjole Jesus: Levántate, toma tu lecho á cuestras, y anda. »

Preguntar á un enfermo si quiere ser sano en las enfermedades corporales, se tendrá entre nosotros por cosa excusada; siendo así que en las enfermedades y defectos del alma es la más forzosa pregunta entre todas, pues es cierto que solos están malos los que no quieren sanar. Y échase de ver en que del tener salud es parte el quererla tener; y uno de los primeros aforismos de la medicina espiritual es la voluntad propia prevenida de gracia; y por eso le pregunta Cristo si quiere sanar. No responde que sí: acude á disculparse de la iniquidad que se presuponia de que por su culpa no estaba sano, diciendo: No he tenido hombre. — « El ángel del Señor descendía á cierto tiempo á la piscina, y moviase el agua. »

¡Grandes cosas puso Dios delante á los reyes en este capítulo! ¡Terribles voces los da con su ejemplo!

Buen rey y malos ministros es cosa dañosa á la república; y hubo árabe que tuvo opinion que era mejor mal rey y buenos ministros. El ángel venia á dar virtud á las aguas, y revolvía la piscina. Pero si siendo un ángel el que venia del cielo, el que asistia á esta obra, eran tales los ministros, que habia treinta y ocho años que estaba este en su enfermedad por falta de hombre, ¿qué importa que el rey sea un ángel, si los ministros son desapiadados, y entre todos ellos no halla un hombre quien más le ha menester? ¿Qué cosa es una república sino una piscina? ¿Qué ha de ser un rey sino un ángel que la mueva y la dé virtud? ¿Qué cosa son los pretendientes, y los beneméritos, y los agraviados, y los oprimidos, y los pobres y las viudas, sino enfermos que aguardan salud de las aguas de la justicia y de la misericordia y grandeza del rey? Pero si los ministros son tales que prefieren unos á otros por su voluntad, y olvidan al que más necesidad tiene, obligarán á que venga Dios á desagraviar los desvalidos.

Pues si en la piscina que revolvía un ángel que bajaba del cielo, habia esta desórden, ¿qué habrá en la del gobierno y los cargos y mercedes, que las más veces la revuelve Satanás, y las más veces la revuelven los hombres, ó son ministros los diablos, que por otro nombre se llaman los ambiciosos, los so-

berbios y los tiranos? Señor, bueno es que el rey sea ángel; mas ha de ser para los que supieren ser hombres con los necesitados. Ángel ha de ser; mas por su mano ha de revolver las aguas de la piscina. La virtud él la ha de dar, y no otro; no la ha de remitir á nadie.

Y para ver que el rey es representado por el hombre de esta piscina, se advierta que representándose el linaje humano en este desamparado, le mira Cristo y le pregunta si quiere sanar, y responde : *Hominem non habeo* : « No tengo hombre. » Á esto no se respondió hasta que Pilatos coronó á Cristo, y le puso cetro y púrpura y todas las insignias reales, y le condenó á muerte de cruz, donde le llamó rey. Entónces, sin saber lo que decia, respondió al linaje humano diciendo : *Ecce Homo* : Ves ahí el hombre que te faltaba. El buen rey no ha de faltar á ninguna necesidad. ¡ Gran nota para la conciencia de un rey, cuando con verdad dice alguno de sus vasallos : « En necesidad estoy, porque no tengo hombre! »

Los reyes nacieron para los solos y desamparados; y los entremetidos, para peligro, y persecucion y carga de los reyes. De estos han de huir hácia aquellos. Quien solicita y pretende el cargo, le engaita, ó le compra ó le arrebatá; quien se contenta con hacerse por la virtud digno de él, le merece. A estas cosas no se ha de acudir por relaciones y por terceros : los ojos y los oídos del rey han de ser los más frecuentes ministros. Los necesitados no han de buscar al rey ni á los ministros : esa diligencia su necesidad la ha de tener hecha; los ministros y los reyes han de salirles al camino; ese es su oficio, y consolarlos y socorrerlos, su premio. Para saber si gobierna Satanas una república, no hay otra señal más cierta que ver si los menesterosos andan buscando el remedio, sin atinar con la entrada á los príncipes.

Señor, dos cosas vemos en este evangelio : que el rey ha de ser ángel para dar virtud y hacer milagros, y revolver por su mano la piscina, pues así tendrá virtud, y de otra mano veneno y muerte; y que ha de ser hombre para remediar los necesitados, y dolerse de ellos, y desagraviarlos y darles consuelo.

CAPÍTULO VII.

EL REY HA DE LLEVAR TRAS SÍ LOS MINISTROS; NO LOS MINISTROS AL REY.

Al rey solas las obligaciones de su oficio y necesidades de su reino y vasallos le han de llevar tras sí.

En todo el Testamento Nuevo no se lee otra cosa, hablando de los apóstoles y Cristo, sino *sequebantur*, seguíanle. No se lee que Cristo los siguiese jamas : él los llevaba siempre donde queria; no ellos á él. « Cada uno tome su cruz, y me siga. — Sigueme », dijo al apóstol que llamó. Y los que le hacen cargo de buenos criados, no dicen otra cosa sino : « Ves que lo hemós dejado, y te hemos seguido. » ¡ Gran diferencia de criados buenos de Cristo, á criados de Satanas y de sus tiranos. Todo lo dicen y hacen al reves; dirán á sus reyes : Ves aquí que lo hemos tomado todo, y héchote que nos sigas y andes tras nosotros arrastrando.

El rey imitador de Cristo ha de considerar que él dijo, para decir que era verdadero rey del cielo y verdadero Dios : « Yo soy camino, verdad y vida. » El rey es camino, claro está, y verdad y vida. ¿ Pues cómo podrá ser que el camino siga al caminante, debiendo el caminante seguir el camino? El rey que es camino y verdad, es vida de sus reinos; el que es descaminado y mentira, es muerte. Rey adestrado, es ciego; enfermedad tiene, no cargo; bordon es su cetro; aunque mira, no ve. El que adiestra á su rey, peligroso oficio escoge; pues, si lo ha menester, se atreve al cuidado de Dios. Mucho se aventura si el rey no lo ha menester. No le guía, le arrastra y le distrae; codicia y no caridad tiene. No es servicio el que le hace, sino ofensa; y disculpa los odios de todos contra su persona.

De ninguna manera conviene que el rey yerre; mas si ha de errar, ménos escándalo hace que yerre por su parecer, que por el de otro. Nada ha de recelar tanto un rey como ocasionar desprecio en los suyos; y este sólo por un camino le ocasionan los reyes, que es dejándose gobernar. Un rey cruel es rey cruel, y así en los demas vicios; mas un rey falto de dis-